

Identidad, multiculturalismo y poder: notas críticas a Charles Taylor

Yirlean Ramos Feria, Coeditora Revista de Filosofía 'Oδός, Economista. Magister en Sociología

Jorge Luis Quintana Montes, Director/Editor Revista de Filosofía 'Oδός, Editor *World Repository Heidegger*, Filósofo. Magister en Filosofía

El objetivo que dirige la realización de este ensayo es presentar una aproximación crítica a las nociones taylorianas de multiculturalismo e identidad. El filósofo canadiense, en su análisis crítico de la modernidad occidental, intenta repensar la noción de sujeto en función de un nuevo marco interpretativo. En este sentido y ante la comprensión moderno-cartesiana del *yo* como un ente independiente y desgajado del mundo, en lo que a su constitución originaria se refiere, Taylor opone la idea de que el *yo*, pensado desde el concepto de identidad, no puede ser visto, bajo ninguna circunstancia, como una realidad constituida por propia cuenta. Antes bien, y como indicaremos en el decurso del texto, Taylor piensa la mismidad desde los procesos discursivos y dialógicos que se tienden entre el individuo y el contexto en que se inserta. A su juicio, y atendiendo a este hecho, la identidad es siempre identidad en relación con una identidad colectiva. Aparece en este marco, en último término, el problema del multiculturalismo, pensado desde la articulación de las distintas identidades colectivas.

Ante esta posición tayloriana, se presentarán las críticas realizadas desde Hall y Rose al concepto de identidad, pensada como una configuración concreta del sujeto en función de los intercambios discursivos. Para ambos autores, la identidad, antes que algo fijado, es un proceso atravesado no sólo por el diálogo, sino por los ejercicios de poder vía institucional.

Dicho esto, es menester indicar que el texto se encuentra dividido en tres momentos específicos: en primer lugar, aparece la caracterización realizada por Taylor de la modernidad occidental en función del concepto de malestar. En segundo lugar, se presentan algunas indicaciones respecto del concepto de identidad del filósofo canadiense. Finalmente, el último momento del ensayo pone de relieve el

modo en que Rose y Hall piensan la identidad y el multiculturalismo desde las nociones de poder y diferencia.

1. Los tres malestares de la vida moderna

El punto de partida idóneo, a nuestro juicio, para introducirnos adecuadamente en la crítica de Taylor a la modernidad, es la distinción que plantea el autor entre lo pre y lo moderno. De acuerdo con el filósofo, la premodernidad se caracteriza por la existencia del vínculo inalterable que se tiende entre la estructura del universo y la configuración estratificada de la sociedad. Dicho de otro modo: la sociedad premoderna se caracteriza por ser una totalidad orgánicamente instituida, articulada de manera perfecta en función de la dignidad que otorga cada actividad realizada por los individuos que la constituyen. Este orden era, indica Taylor, inquebrantable e indeleble. Haciendo referencia a la premodernidad afirma:

Este orden jerárquico se reflejaba en las jerarquías de la sociedad humana. La gente se encontraba a menudo confinada en un lugar, un papel y un puesto determinados que eran estrictamente los suyos y de los que era casi impensable apartarse (Taylor, 1994, p. 38).

136

En contraste con esto, la organización moderna de la sociedad responde a criterios pragmáticos antes que a una dignidad jerárquica. En este sentido, la sociedad es asumida como el lugar/espacio de intercambio beneficioso y respetuoso entre seres racionales. Así, la búsqueda de los fines individuales no desconoce, en sentido alguno, el bienestar ajeno. Por ello el intercambio, aunque pragmático y en vistas del beneficio individual, es siempre bajo el supuesto del respeto que merece todo ser racional. Así, y aunque el beneficio mutuo es la prioridad del orden moderno, se parte desde el sujeto. En este sentido, en la época moderna desaparece el orden cósmico pero no la comunidad: la diferencia esencial radica en la interpretación individualista de la realidad social.

Agosto
2017

Ahora bien, es menester hacer énfasis en este momento del texto en lo que Taylor describe como la experiencia propia del hombre moderno. Los malestares de la modernidad pueden ser entendidos como “rasgos de nuestra cultura y nuestra sociedad contemporáneas que la gente experimenta como perdida o declive, aun a medida que se «desarrolla» nuestra civilización” (Taylor, 1994, p. 37). Esta sensación

de derrota y extrañamiento es identificada por el autor en tres rasgos específicos: a) el individualismo, b) la razón instrumental y c) el abandono de la vida pública. De este modo:

el primer temor estriba en lo que podríamos llamar pérdida de sentido, la disolución de los horizontes morales. La segunda concierne al eclipse de los fines frente a una razón instrumental desenfrenada. Y la tercera se refiere a la pérdida de libertad. (Taylor, 1994, pp. 45-46).

1.1. El individualismo

El primer malestar que desarrolla Taylor en *La ética de la autenticidad* es el individualismo. Éste se refiere al derecho de cada individuo a elegir tanto la forma de vida como las convicciones que desea seguir. Cabe aclarar aquí que estos derechos, generalmente, están protegidos por la ley. El autor asevera que el individualismo es el mayor logro de la modernidad, no obstante este hecho, “muchos piensan que está aún incompleto, que las disposiciones económicas, los modelos de vida familiar o las nociones tradicionales de jerarquía todavía restringen demasiado nuestra libertad de ser nosotros mismos” (Taylor, 1994: 38).

137

La pérdida del sentido y la pasión por la vida son consecuencia de lo anterior. La ruptura que hace la modernidad con la estructura jerárquica social y, por ende, la ausencia de horizontes de acción y cósmicos característicos de la época premoderna, producen, por un lado, lo que Taylor denomina el «desencantamiento del mundo». Para el autor, las personas ya no tienen *algo* por la que valga la pena morir. Por otro lado, aparece la generación del yo, el narcisismo y la sociedad permisiva como formas de la cultura contemporánea, donde la centralización en el *yo* supone una pérdida de interés por lo otro.

Agosto
2017

1.2. Primacía de la razón instrumental

El desencantamiento del mundo también está relacionado con la clase de racionalidad que prima en la modernidad, a saber: la razón instrumental. Taylor la define como “la clase de racionalidad de la que nos servimos cuando calculamos la aplicación más económica de los medios a un fin dado” (Taylor, 1994, p. 40). En otras

palabras, es la manera en que se toman las decisiones a través del cálculo proporcional costo-beneficio y, en consecuencia, la formación de una relación hostil con la naturaleza. Hostil al punto de llegar al límite de amenazar la vida humana misma.

El problema que observa el autor es la alta probabilidad de que este tipo de racionalidad se apodere de todos los ámbitos de la vida humana. Es decir, que la toma de decisión sobre cuestiones públicas se realice en base al análisis costo-beneficio, abandonando así todo precepto moral. El filósofo canadiense resalta algunos ejemplos de la invasión del tipo de pensamiento instrumental: 1) La forma en que la desigualdad en la riqueza es justificada en pro del crecimiento económico. 2) La insensibilidad por el impacto ambiental negativo a causa del aumento de las industrias. 3) La valoración en dólares de la vida humana. 4) El enfoque tecnológico de la medicina, el cual ha causado, por un lado, una visión deshumanizada del paciente y, por otro lado, la poca valoración del trabajo de las enfermeras en comparación con “los especialistas imbuidos de sus saberes de alta tecnología” (Taylor, 1994, p. 42).

1.3. Abandono de la vida política

La consecuencia directa de los dos malestares anteriores es la formación de individuos “encerrados en sus corazones” (Taylor, 1994, p. 44), cuya intención de participar en un autogobierno tiende a ser nula. En general, hay una preferencia por gozar de las satisfacciones de la vida privada mientras se espera que el gobierno proporcione y distribuya los medios necesarios de vida. No obstante, Taylor asevera que el *abandono de la vida política* genera una nueva forma de despotismo moderno, a saber, el «despotismo blando» –categoría que recupera de Tocqueville–. Este tipo de gobierno se caracteriza por ser paternalista con tinte democrático.

El extrañamiento que experimenta el sujeto moderno respecto de los espacios de participación política, como expresión del individualismo moderno, se convierte en un círculo vicioso. La disminución de la participación produce un enfrentamiento del individuo aislado ante un fuerte Estado burocrático, en el que se percibe como un sujeto impotente. La impotencia sentida desmotiva al individuo, quién se aleja aún

más del ejercicio político, cerrándose el “circulo vicioso del despotismo blando” (Taylor, 1994,p. 45).

Ante una vida pública desolada, el ejercicio gubernamental del poder se torna unidireccional: “La única defensa contra ello, piensa Tocqueville, consiste en una vigorosa cultura política en la que se valore la participación, tanto en los diversos niveles de gobierno como en asociaciones voluntarias” (Taylor, 1994, p. 45). Frente a este dilema, la única vía de solución parece ser el intento de retomar el espacio público abandonado, con el fin de que la política sea ahora no un ejercicio unidireccional de poder, sino una forma de autogobierno, cuyo fin último no esté determinado de modo egoísta y pragmático; antes bien, el fin buscado debe ser, de modo preeminente, un fin comunitario.

2. Identidad y multiculturalismo en Taylor

El concepto de identidad desarrollado por Taylor en sus distintos trabajos, que abarcan textos como las *Fuentes del yo*, “*El multiculturalismo*” y *la lucha por el reconocimiento*, *La ética de la autenticidad* e *Imaginario sociales modernos*, tiene lugar en la confrontación que despliega el filósofo canadiense con la tradición occidental moderna que surge en la reflexión cartesiana. De este modo, frente a la adquisición de un *Ego* de puras cogitaciones por parte de Descartes, que luego se hace *yo concreto* en Locke, Taylor afirma la constitución de la identidad en relación con los *otros* del diálogo; así, para el pensador canadiense el proceso de constitución de la identidad es dialógico. Tenemos entonces en la reflexión tayloriana, una crítica al *yo* abstracto y ahistórico moderno que niega la diferencia de la alteridad en tanto que la anula en su propia afirmación. En contraste, Taylor destacará nociones como la de la interacción dialógica y el ideal de vida buena para oponerse al legado de la tradición cartesiana. Dicho de otro modo, pensará el *yo* históricamente y culturalmente situado como *identidad* socialmente construida desde la categoría de reconocimiento:

De este modo, el que yo descubra mi propia identidad no significa que yo la haya elaborado en el aislamiento, sino que la he negociado por medio del diálogo, en parte abierto, en parte interno, con los demás. Por ello, el desarrollo de un ideal de identidad que se genera internamente atribuye una nueva importancia al reconocimiento. Mi propia identidad depende, en forma crucial, de mis relaciones dialógicas con los demás (Taylor, 2001, p. 55).

La filosofía moderna ha olvidado este carácter de dialogo en la formación de la identidad. Así, y antes que pensar el sujeto *en* y *desde* su horizonte histórico y cultural, lo concibe como individuo. El fenómeno del individualismo, el imperio de la racionalidad instrumental y el abandono de la vida política son una expresión contemporánea de la subjetividad desgajada que late de fondo en el proyecto moderno. Hemos dicho que la disolución de los marcos de referencia tradicionales empujaron el desarrollo de fenómenos como el narcisismo. De igual modo, la racionalidad cartesiana tiene un núcleo radicalmente poderoso en la comprensión científicista de la realidad. El germen de la razón instrumental es el cálculo matemático predominante en el *ego cogito* del filósofo francés. Por último, y anulada la posibilidad de proyectos colectivos, la política deviene tecnocracia. En este orden de ideas, la lectura moderna de la subjetividad que hace eco en la contemporaneidad bajo las formas de malestar, contiene en su naturaleza primigenia el carácter solipsista que critica Taylor: el individualismo y la razón instrumental son reflejo de un *yo* que se define desde sí, en función de la razón. Esta ceguera ante la constitución histórico-cultural del sujeto, deviene en una “política del universalismo que subraya la dignidad igual de todos los ciudadanos, y el contenido de esta política fue la igualación de los derechos y de los título” (Taylor, 2001: 60).

Si la identidad es pensada, dentro de los límites de la obra de Taylor, como un proceso de constitución intersubjetivo edificado dentro de un horizonte histórico y cultural determinado, es decir, dentro de marcos de referencia específicos, la consecuencia necesaria que se desprende de aquí es que la identidad no sea reducida a un *yo* individual, sino que el concepto de identidad amplíe su frontera hasta incluir en él comunidades o grupos vinculados por rasgos comunes. Nos referimos aquí a la idea de la identidad *colectiva*. Así las cosas, se establece una relación recíproca que sustenta la noción tayloriana de identidad, en la medida en que el contexto específico en que se desarrolla la identidad individual se nutre en función de la identidad colectiva que lo circunda, a la vez que la identidad colectiva presupone –no como suma de objetos individuales– a las personas que se adscriben a la misma. Esto lo expresa Habermas del siguiente modo: “La identidad del individuo está entretejida con las identidades colectivas y solo puede estabilizarse en un entramado cultural,

que, tal como sucede con el lenguaje materno, uno lo hace suyo como si se tratase de una propiedad privada” (Habermas, 2009, p. 185).

La sociedad, así concebida la identidad, no es reducible en modo alguno a simples relaciones entre individuos sino que implica de forma originaria también la interacción de distintas identidades colectivas que se juntan bajo su seno. Este intercambio de identidades colectivas no es otra cosa que la relación intercultural que subyace y late de fondo en las sociedades occidentales liberales. Con esto, y ante el supuesto imperio del individuo en la interpretación de la vida pública occidental, la filosofía de Taylor abre paso a una defensa de las colectividades que, por un lado, caen fuera del rango de acción de un derecho erigido desde una figura abstracta del sujeto, y que, por otro lado, no son objeto de la mirada de un Estado teóricamente neutral en lo que a ideales de vida buena se refiere. Taylor retoma aquí las consideraciones de Walzer acerca del liberalismo occidental, argumentando que ante el *liberalismo 1*, afincado en una carta de derechos individuales, es preciso abrir las puertas a un *liberalismo 2*, que busque, en primer lugar, salvaguardar la diferencia cultural de cada identidad colectiva; es decir, que afirme la diferencia frente a la homogeneización resultante de los derechos del *liberalismo 1*. Dicho de otro modo: ante una visión de la sociedad en la que prima la comprensión individualista de la misma (*liberalismo 1*), es menester oponer una perspectiva que haga énfasis en las formas culturales e identidades colectivas que se edifican en su interior (*liberalismo 2*). Se diría, en términos quizá coloquiales, que al individualismo abstracto hay que oponerle la defensa de la colectividad cultural. En segunda instancia, y con la intención de cuidar la diferencia cultural, Taylor –desde su posición multiculturalista– defiende la creación de derechos diferenciados de grupo, los cuales actúan como condición de posibilidad de la conservación de las identidades colectivas. Piensa, desde el caso de Quebec, por ejemplo, el modo en que determinadas regiones proponen, para el cuidado de la comunidad y tradición francesa, colocar como lengua oficial el francés, con lo cual se obliga tanto a francófonos como no francófonos (sean canadienses o migrantes de otros países) a adoptar la lengua obligatoriamente.

3. La crítica a Charles Taylor: de los límites de la *identidad* y del *multiculturalismo*

La crítica, planteada desde Hall a la posición tayloriana, puede ser expuesta brevemente en dos aspectos precisos: primero, «crítica al concepto de identidad», pensada ésta (la identidad) ahora, antes que como construcción dialógica culminada, como proceso abierto de constitución y, segundo, «crítica al concepto de diferencia», propio del multiculturalismo. Para Stuart Hall, es necesario repensar el concepto de identidad por dos aspectos puntuales. En primer lugar, para lograr una superación dialéctica del concepto dada la ausencia de otro que lo reemplace. En segundo lugar, por la irreductibilidad del concepto de identidad, que lleva, en último término, a una reconceptualización del “sujeto” y su relación con las prácticas discursivas.

La propuesta de Hall es pensar la identidad como un proceso inacabado, heterogéneo, basado en la diferencia y que “necesita lo que queda afuera, su exterior constitutivo, para consolidar el proceso” (2013, p. 16). Así, el «ideal de yo» no es una composición armoniosa, dada su construcción cruzada y antagónica de variados discursos, prácticas y posiciones: aspectos con carácter variable según la especificidad histórica. En este sentido, la identidad hace referencia a la capacidad de convertirnos en algo más, en la forma en que podríamos representarnos, esto es, el “proceso de devenir y no de ser” (Hall, 2013, p. 17).

Mirado sutilmente, la posición defendida por Taylor puede ser asociada con facilidad a esta visión «armónica» de la identidad, en tanto que los procesos e intercambios discursivos de construcción identitaria parecen desarrollarse de forma racional hasta cristalizarse de forma no-conflictiva en la identidad plena del individuo. Una identidad que parece fija, acabada y estática. Así, y aunque precise del entorno y de las identidades colectivas desde las que se edifica, una vez edificada por vía armónica parece llegar a un punto desde el cual no hay más movimiento: los marcos de referencia son, en último término, la base de la identidad. En contraste con esta posible lectura, para Hall las identidades son construidas: 1) Dentro de los aparatos discursivos; 2) en ámbitos institucionales e históricos dados; 3) con prácticas discursivas determinadas; 4) a través de estrategias enunciativas específicas y 5) a partir de juegos de poder. En concordancia con lo anterior, las identidades serían producto de la diferencia y de la exclusión y no de una unidad idéntica constituida bajo leyes naturales. Sería, dicho de otro modo, proceso y lucha.

En último término, la identidad hace referencia a, usando la expresión del autor, un punto de sutura de la interacción entre los discursos de poder y el proceso

de subjetividad constitutivo del sujeto –sujeto en proceso. De este modo, el problema con la teorización tayloriana y moderna sobre la identidad, es la ausencia de una explicación sobre el proceso mediante el cual las demandas discursivas puedan ser aceptadas o no; esto es, producir una resistencia. Por esta razón, la problemática identitaria debería estudiar “«la relación con el yo» y la constitución y el reconocimiento de «si mismo»” (Hall, 2013, p. 31). Es decir, la forma en que los sujetos son constituidos.

Analizar la identidad sin pensar el modo en que entran en conflicto los discursos y ejercicios del poder con la subjetividad, parecería desconocer la tendencia normalizadora y dominante de la sociedad –por decirlo foucaultianamente–. Dejar de lado el papel de las prácticas discursivas e institucionales en la constitución del *yo*, y la disputa-proceso que se genera desde y contra ellas, sería –en cierto sentido– caer en una visión ingenua de la configuración identitaria.

Dentro del mismo horizonte argumentativo de Hall, se mueve Nikolas Rose. Su teoría, llamada “genealogía de la subjetivación”, es una crítica a los enfoques sobre identidad que, por un lado, toman las concepciones filosóficas, literarias, estéticas y cosmológicas del hombre como una forma de conocer las pautas que rigen la conducta de los sujetos; y, por otro lado, atribuyen la construcción del «yo» a la modernidad, es decir, al surgimiento del proyecto de ilustración: racionalización y ciencia.

La genealogía de la subjetivación tiene como objetivo último investigar las prácticas y técnicas que rigen las conductas de los seres humanos. Así, busca comprender la relación con nosotros mismo y con el otro en lugares, tiempos y espacios diferentes. En palabras del autor: “requiere una investigación de las técnicas intelectuales y prácticas que incluyeron los instrumentos por medio de los cuales el ser se autoconstituyó históricamente” (Rose, 1996, p. 217). Cabe aclarar aquí que la conducta y el entendimiento de los sujetos son moldeados –a su juicio– por esquemas relativamente racionalizados con el fin de crear una subjetividad o identidad normalizadora.

Para lo anterior es necesario el uso de dispositivos de producción de significado. Por esta razón, la investigación de la genealogía debe profundizar sobre:

- 1) La conceptualización de lo normal para *problematizar* los tipos de conducta y pensamientos inoportunos y amenazantes.
- 2) El uso de la *tecnología* –entendiéndola

como un “montaje estructurado por una racionalidad práctica regida por una meta más o menos consciente” – (Rose, 1996, p. 222) para encauzar la conducta a través de procedimientos de observación jerárquica y juicios normalizadores. El autor resalta como ejemplos las escuelas, la prisión, los hospitales y la relación entre los pastores-feligreses, siendo el primero una figura de autoridad ante el segundo. 3) Así, la *autoridad* se torna una forma de sometimiento con el uso de diversos dispositivos, imponiendo modos de pensamiento, tipos de juicios y maneras de aceptación de esa autoridad. 4) La búsqueda del establecimiento de un individuo éticamente ideal: *teleologías*. 5) Las *estrategias* del gobierno liberal para gobernar a los individuos mientras éstos ejercen su libertad propia. Abarcando así todos los programas para la “conducción de la conducta” (Rose, 1996, p. 226) y, en consecuencia, la relación con uno mismo.

Rose incluye, dentro de las tecnologías para la conducción de la conducta, al nuevo vocabulario ético: autonomía, libertad, elección, autenticidad, empresa y estilo de vida. Además, asevera que las psicociencias facilitan otras técnicas para la reforma de las personas y grupos, por ejemplo, con la publicidad de consumo y su relación con la identidad del sujeto.

En conclusión, el autor afirma que la genealogía de la subjetivación no cree en la alternativa única de la esencia o naturaleza del hombre, sino en la diversidad de prácticas y estrategias que producen y despliegan la *subjetificación*: la interioridad como superficie discontinua. Y, en este sentido, es necesario el despliegue de una personalidad unificada que debe desarrollarse y mostrarse ante la fragilidad de las prácticas constituyentes que la esconden.

Vemos con claridad en este lugar el punto de entrecruzamiento en los análisis de la identidad desarrollados por Hall y Rose, pues –desde este último, la idea de la constitución identitaria no puede tener lugar más allá de los límites de: primero, la normalización y disciplinación del sujeto. Segundo, las instituciones que normalizan y disciplinan ejerciendo el poder; y tercero, la figura misma del poder, como forma de constitución de la subjetividad humana. En este orden de ideas, si bien es cierto –diríamos con Taylor– que la configuración de la identidad sólo puede acontecer en un lugar de enunciación (marco de referencia) en el que se interactúa discursivamente, no podemos olvidar el hecho de que existen discursos y formas discursivas mediante las cuales se ejerce el poder. En este sentido, no hay un

movimiento libre de constitución del *yo*, sino que esto acontece en franca relación con procesos de normalización. La sociedad, en pos de su sostenimiento, crea sujetos que la reproduzcan. El lenguaje es un vehículo del ejercicio social del poder. Las instituciones son, a la par, herramientas de constitución de la subjetividad. Así las cosas, si bien es cierto que Taylor disuelve el ideal moderno-cartesiano de subjetividad racional-ahistórica bajo la noción de identidad, él no logra poner en el eje del análisis el modo en que el ejercicio del poder y su correlato –la lucha que desde el sujeto tiene lugar contra la coacción– son piezas esenciales en la construcción de la identidad. No son sólo las identidades colectivas las que juegan un papel crucial, sino que la disciplina y la autoridad producen y reproducen la subjetividad.

Dejando de lado la crítica a la noción de identidad, y para culminar este ensayo, quisiéramos hacer referencia brevemente a la idea de multiculturalismo tayloriano. A juicio de Hall, la idea de identidades colectivas no garantiza en realidad el reconocimiento del individuo, puesto que parece ocultar el derecho individual de discernir acerca los valores comunitarios, oponerse a ellos o el deseo de no pertenecer a la comunidad. Así, se reconocerían sólo los valores de la comunidad, sin dejar espacio a los modos de vida que compiten y dinamizan con éstos. Pensado desde el caso mencionado de Quebec, simplemente no hay lugar para que los francófonos decidan por propia cuenta si desean o no adscribirse al francés como lengua oficial; antes bien, se impondría de modo vertical un decreto que protege la cultura aunque violente su libertad de elegir. La situación de los migrantes se torna, a la vez, más compleja, ya que toman la forma de una minoría discriminada dentro de la mayoría francófona, a un punto tal que su propia lengua quedaría fuera de juego dentro de las fronteras donde impere un *liberalismo 2*. El multiculturalismo incurre, por esta vía, en su propia autoanulación en la medida en que, en su intento de defender la diferencia se hace ciego ante la diferencia que se generan en su interior: ni propios ni extraños pueden elegir respecto de sus vidas en relación con determinaciones colectivas que los superan; esto es, que el multiculturalismo conduce a nuevas formas internas de violencia que acallan las voces disidentes y divergentes. En palabras de Hall, haciendo referencia al comunitarismo étnico:

Exagera el carácter esencial de la diferencia cultural, determina binarios raciales, los congela en el tiempo y en la historia, da poder a la autoridad establecida por encima de los otros, privilegia a “los padres de la Ley” y conduce a la vigilancia de la diferencia. Esta parece ser la frontera crítica donde el pluralismo cultural o el comunitarismo étnico se *enfrentan con su límite liberal* (Hall, 2010, p. 612).

Conclusión

La breve revisión que hemos realizado acerca de las consideraciones y crítica de Taylor a la modernidad occidental han abierto la puerta a que nuestra mirada se fije en nuevas formas de edificar una narrativa de la identidad de los sujetos. Así, y en contra de un *ego* ahistórico moderno y de una identidad afirmada de forma sólidamente establecida desde patrones multiculturales, es menester repensar la narrativa desde la identidad como un proceso en devenir que se nutre no sólo desde el diálogo que se establece con el otro, sino desde los discursos de poder que permean la esfera vital del hombre. Tenemos entonces una narrativa que ve la identidad como un devenir, como constante gestación que acaece dentro de un conjunto de prácticas y juegos de poder que deben ser cuestionados y deconstruidos desde las necesidades y experiencias históricas concretas de los sujetos.

146

Agosto
2017

Referencias bibliográficas:

- Habermas, Jürgen (2009). “La lucha por el reconocimiento en el Estado democrático de derecho” En: Taylor, Charles, *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Hall, Stuart. (2010). “La cuestión multicultural” En *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Perú, Colombia, Ecuador: Instituto de Estudios Peruanos, Instituto de Estudios Sociales y Culturales, Pensar. Universidad Javeriana, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.
- Hall, Stuart. (2013). “Introducción: ¿quién necesita identidad?” En: Hall, Stuart & Du Gay, Paul (comp.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Rose Nikolas (1996). “Identidad, genealogía, historia” En: Hall, Stuart & Du Gay, Paul (comps), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Taylor, Charles (1994). *La ética de la autenticidad*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S.A.
- Taylor, Charles (2001). *El multiculturalismo y la “política del reconocimiento”*, México D.F.: Fondo de cultura económica.
- Taylor, Charles (2004). *Las fuentes del yo*, Barcelona: Paidós.
- Taylor, Charles (2006). *Imaginario sociales modernos*, Barcelona: Grupo Planeta.